

Dan una idea bastante aproximada de la situación de una familia peruana los dones fúnebres de un pescador y os suyos, que encontró Squier en Pajacamac al abrir una tumba. Estaban allí el padre, la madre y tres hijos; el menor entre sus padres, la hija mayor al lado de la madre, el otro hijo al lado del padre. Aparte de las prendas de vestir, el padre tenía una red, anzuelos y piedras para redes, un par de tenacitas de cobre y un trozo de este mismo metal. La mujer tenía un peine, un abanico de plumas, un collar de conchas, un huso con el hilo, habas, semilla de algodón, adornos de plata y cuentas. La momia de la niña estaba colocada sobre una tapa de cesta de junco, con materiales para hacer medias, hilar y tejer, una aguja de redes, otras agujas y cuchillos de bronce, un peine, un abanico, afeitado, una piedra para moler colores, una planchuela de oro, bolsitas de punto y ovillos de hilo, y finalmente un pedazo de piedra azufre y la momia de un loro. El hijo mayor no tenía más que un lazo, y el menor una carraca hecha con una concha.

El mueble principal de una casa india era la piedra molar; un hogar formado con tres piedras y algunas vasijas de barro formaban la batería de cocina. No se conocían estufas; el carbón debió ser importación española. Se alumbraban con teas de pino ó tallos de cactus.

La falta de animales domésticos era uno de los mayores obstáculos para el desarrollo de la cultura en la América antigua. Aunque el pavo se considerase como animal doméstico, no se le cuidaba como ahora. Donde no hay bestias de carga, el tráfico es limitado. Criábanse llamas y alpacos en las regiones elevadas del Perú, pero no existían pueblos de pastores que viven únicamente del ganado. Las reses eran más bien propiedad de los dioses y de los príncipes; su pasto, su explotación estaban sujetos á reglas fijas. Una vez al año hacíase el esquilmo, cuyo producto se repartía y trabajábase por igual según reglas establecidas. Las personas principales tan sólo poseían pequeños rebaños, pero el bondadoso Inca prestaba á los montañeses un par de llamas, cuya progenitura les pertenecía. Los antiguos peruanos se valieron de estos animales, no para tiro, sino tan sólo para llevar cargas, aunque ni en esta modesta función pueden compararse con los asnos.

Hilar y tejer eran los trabajos domésticos predilectos. Los tejedores eran muy numerosos, el algodón se usaba en todas partes. Además, en el Perú tejíase lana de alpaca, pelo de murciélago, de perro y de conejo; en Méjico fibras de agave. Eran muy aficionados á entretejer plumas en las telas. Estas últimas eran tan finas que se encontraban 62 hilos en una pulgada inglesa cuadrada, mayor finura que en la tela egipcia de momias. Cortés habla de tejidos aztecas, que al tocarlos no se podían distinguir de la seda; tal vez procediesen de un gusano americano que todavía se encuentra en Tehuantepec. Los colores varios y los diferentes dibujos demuestran un artificio mayor que el que se emplea para las telas de algodón pintadas. Los trabajos de plumas indios causaron la admiración de los europeos en el siglo xvi, como todavía la causan hoy día los trabajos de esta clase puestos á la venta en las tiendas de Méjico, lo cual depende del brillo que caracteriza á las aves del mundo tropical y que deslumbra en las combinaciones que con sus plumajes se hacen. Para el crítico producen la impresión de elegantes adornos, en cuya labor han invertido un tiempo considerable algunos individuos dotados de incansable paciencia. Los gorros de lana que se ven frecuentemente en los antiguos cuadros y jarrones, como se llevan todavía en las altas regiones del Perú, parecen indicar que allí se conocían los trabajos de punto aun en la

antigüedad. Es justo indicar como un hecho notable que las indias saben hacer muy bien labores de punto, y no tan sólo las que habitan las ciudades, sino aquellas que no tienen casi contacto con ellas. Hoy día es menos frecuente esta habilidad en las clases elevadas del Perú. Se sirven de cinco agujas para hacer calceta, y los puntos son iguales á los de Europa, pero sus agujas diferentes (véase el grabado de la pág. 421).

En Méjico y en el Yucatán se fabricaba mucho papel. Hace poco tiempo que Valentine calculó que, según el código Mendoza, cada año se recibían como tributo en los depósitos del antiguo Méjico 480.000 pliegos de papel. El que vieron los españoles á la llegada de Cortés, lo hacían los mayas con la corteza de un árbol llamado gutapercha; esta corteza porosa se impregnaba de una pez especial y luego se extendía sobre ella una capa de yeso ó de polvo calcáreo. Los vecinos de los mayas tenían otro sistema de fabricación: empleaban fibras de magüey, que ponían á macerar en agua, y luego las pegaban con alguna cola especial á una sutil membrana de piel de ciervo, prensándolo en seguida. Era un procedimiento para el cual se necesitaba mucha paciencia y que hacía imposible la producción de grandes cantidades. Una parte de este papel se empleaba para escribir ó pintar, el resto se quemaba ante los idolos, y en las grandes solemnidades servía para adorno de los sacrificios y de los sacrificadores. Esta costumbre recuerda el culto japonés de los Camis.

Hemos encomiado anteriormente la cerámica india, y poco nos queda que añadir con el objeto de indicar la posición favorable que ocupaban los pueblos civilizados de la antigua América en este género de industria. Hacían vasijas de formas muy simétricas y otras muy notables por su colosal tamaño: estas vasijas servían para conservar el trigo y á veces como urnas funerarias. Grandes jarrones de barro con asas, que tenían más de ornamentales que de útiles, servían para guardar la chicha y se colocaban entre ladrillos para la mejor fermentación de la bebida; estos jarrones se usaban ya en el Perú antiguo, y en Ancón se ha encontrado uno de ellos; pintábanse á mano, ó con moldes, pero la mayoría de los adornos están hechos á mano, y en ellos se reproducen figuras humanas de mil maneras diferentes y con frecuencia sumamente extravagantes. Hay también dibujos de frutas y animales muy bien imitados.

Son muy características las urnas llamadas de rostro humano (véase el grabado de la página 424), así como los jarrones de forma humana ó á lo menos adornados con una cara, que se encuentran con frecuencia en las tumbas del antiguo Perú. En estos trabajos se ven algunas partes del cuerpo rudamente indicadas, pero en muchos de ellos se observa mayor perfección, hasta reproducir en la expresión del rostro las diferentes pasiones del ánimo. Por lo regular el gollete del jarro es el cuello y la cabeza de la figura, y las asas los brazos; á veces en un mismo jarro hay varias cabecitas humanas. En un jarro descrito por Bastián está pintada una danza de muertos, y otras vasijas descritas por Squier tienen asuntos mitológicos y pertenecen á las pinturas policromas en barro que denotan adelantos artísticos. En el Perú se hacían también jarrones barnizados, tales como los hacen hoy día los indios del territorio del río de las Amazonas. Virchow trata de varios objetos de barro de Nicaragua poco inferiores á los peruanos, y especialmente de una copa pintada con pies, que consistían en cabezas de pájaros.

El barro debía sustituir en muchos puntos á la madera, pues ésta escaseaba en el Perú, por lo cual abundan allí los objetos de dicha materia. Los indios de Costa Rica

conservan flautas de barro, herencia de sus antepasados. Frantzius ha encontrado también flautas de esta clase en las tumbas. Se hacían juguetes de barro, que aparecen á menudo entre los dones fúnebres que se colocaban en las tumbas. La mayoría de las herramientas eran de piedra (véanse los grabados de las páginas 420 y 425), no siendo superfluo indicar aquí un carácter distintivo de la antigua arqueología, cual es el que Méjico, el Perú y sobre todo los países centrales permanecieron en la edad de la piedra hasta la época de la conquista. Una gran parte de sus habitantes pasaron del período de la piedra al del hierro sin que mediara el del bronce. Los territorios de los grandes monumentos mayas eran á la vez puntos céntricos de una desarrollada industria del pedernal. Y no sólo las herramientas, sino que también las armas se hacían con preferencia de piedra; tiempo atrás se encontraron en Copán hojas corvas de puñal que eran de pedernal. Donde se han hallado de metal, ya sea cobre ó ya bronce, se parecen en sus formas á las armas de piedra. En Méjico, la obsidiana era un material muy útil y fácil de trabajar. Con ella se hacían obras artísticas de acabada perfección y á la vez unos sencillos cuchillos. En todas partes donde domina la obsidiana, la industria está poco desarrollada, pues este mineral se presta fácilmente á formar armas puntiagudas, por más que no sea á propósito, por lo quebradizo, para la confección de labores delicadas. Los productos mejicanos de obsidiana pulida alcanzan tanta perfección como rudas son las armas y útiles cortantes del mismo material. Pocas cosas se ven en este género que sean comparables á las hermosas puntas de lanza que se encontraron en Méjico y en mayor cantidad aún en la América del Norte, Central y Oriental. Desde el punto de vista técnico, el arte antiguo americano en los trabajos de piedra (véase el grabado de la pág. 426) es del mayor interés, tanto por lo que respecta á la obsidiana como á las piedras más finas; siendo asimismo dignas de estudio las incrustaciones de mosaico en madera, mosaico formado de piedras de precio, concha, nácar y oro. El Museo Nacional de Méjico adquirió hace pocos años un jarrón que mide dos decímetros de diámetro, el cual debe haber pertenecido á un rey de Tezcuco, aficionado á las bellas artes. Este jarrón es de una sola pieza de obsidiana negra, labrado con tal perfección, que los artífices más hábiles de Europa se quedarían estupefactos á la vista de esta obra maestra. El adorno exterior representa un mono cuya cabeza se destaca mientras los miembros rodean el jarrón, con la posible gracia, considerando la periferia de la vasija misma. La cola del animal forma el borde del jarrón, y el extremo de la misma sirve de asa en el lado opuesto á la cabeza. Los ojos eran probablemente de piedras preciosas, pero han desaparecido, como también los pendientes que debían colgar de las orejas. En el Perú se encuentran trabajos de mármol perfectamente pulido. Se conocen muchas esmeraldas horadadas, y Humboldt describe con entusiasmo una figura de granito que lleva en la garganta un anillo de la misma piedra.

Lo que se conoce de escultura en madera, revela bastante atraso si se compara con las esculturas en piedra; esta industria estaba muy descuidada, pero no faltan piezas de algún mérito; debiendo proceder el descuido más que de otra cosa, de la escasez del material; además el tiempo ha destruido muchos objetos. Que la escultura en madera se practicó con grande habilidad, lo prueba un magnífico arquitrabe que hay en Guatemala, adornado con jeroglíficos. Berendt lo ha dibujado, así como algunos caprichosos trabajos en hueso. En las tumbas se encuentran también flautas de hueso (véase el grabado de la pág. 425). La escasez de madera en los territorios montañosos de la América

del Sudoeste no permitió que se desarrollara en el Perú una ornamentación tan varia como en la Polinesia. La madera dura difícilmente se podía trabajar con la piedra. Las cucharas de palo de los antiguos peruanos son de un estilo sencillo y pobre, y todos los útiles y armas encontrados en Ancón son, sin excepción alguna, por demás rudos y primitivos; todo lo cual explica la economía en el uso de la madera y el que no se pudiera encontrar muy buena. Las herramientas para labrar la piedra eran sin duda también de piedra; sin embargo, los cronistas dicen que á veces se usaban martillos de cobre ó de bronce. De cierto hallazgo hecho por Maudslay en Quirigua parece desprenderse que los escultores trabajaban con un martillo de piedra sin mango.

Poco hay que añadir á lo referido acerca de la industria metalúrgica de los pueblos americanos. Lo que ha quedado de esta industria casi no ha pasado las fronteras. Es de suponer que el uso del hierro fué asimismo desconocido de los pueblos civilizados de América, á pesar de que sabían fundir y trabajar el cobre, la plata y el oro. En todas partes son raros los útiles de metal; por esto las piedras más duras se labraban con arena y agua; sin duda debe atribuirse á lo mismo el que en el Perú los metales fuesen más bien objeto de lujo que de uso cotidiano y general. Tan habitual es en Méjico el hallazgo de herramientas y armas de piedra, que causó gran extrañeza encontrar en una tumba zapoteca un hacha de cobre fundido. La escasez de cobre en la antigua América no permite suponer que allí hubiera una época análoga á la *del cobre* en varios países de Europa, ni se sabe de dónde sacaron estos pueblos el estaño, pero es muy cierto que se servían de él para mezclarlo con el cobre de las armas y otros útiles. En Méjico y en el Perú se han encontrado hojas de corte semicircular, hachas, planchas en forma de medias lunas, agujas para los cabellos y otros adornos formados de una mezcla de estaño y cobre. En la América del Sud el terreno más rico en bronce es Chimú, en cuyas cercanías se encontraron tantas armas y útiles de este metal, que se vendieron á toneladas. Los cuchillos de bronce tenían, como los del Perú, una hoja á manera de media luna y el mango en medio; nada ofrecían de particular las lanzas y los venablos, como tampoco las flechas, pero los metales nobles se beneficiaron en todas partes en gran cantidad; por esto no incurrió en ninguna exageración cuando un descendiente de los Incas dijo que todo el oro tomado por los españoles, con relación al que existía antes de su llegada, era como una gota de agua en comparación de la que cabe en un gran jarrón. Léase la lista de la parte del botín enviado á Carlos V por Cortés, para formar una idea de lo mucho y precioso que se encontró tan sólo en Tenochtitlán. En ella figura un sol de oro y una luna de plata, cada uno de diez palmos de diámetro; un collar de oro de siete cordones con 415 piedras preciosas y 27 campanillas de oro, 24 escudos con placas de oro, un yelmo de lo mismo, cuatro peces, varios jarrones, dos conchas marinas de oro fundido y otros muchos objetos. En las tumbas de particulares y en varios edificios se encontraron notables y numerosos objetos de oro y plata. Parece que el oro era una de las ofrendas que se hacían á los dioses. Hace poco, en el lago de Guatavita se encontró una especie de balsa, formada de láminas de oro en espiral y en medio la figura del príncipe. La tradición refiere que en ese lago se bañaba El Dorado y que allí su pueblo tenía que arrojar oro.

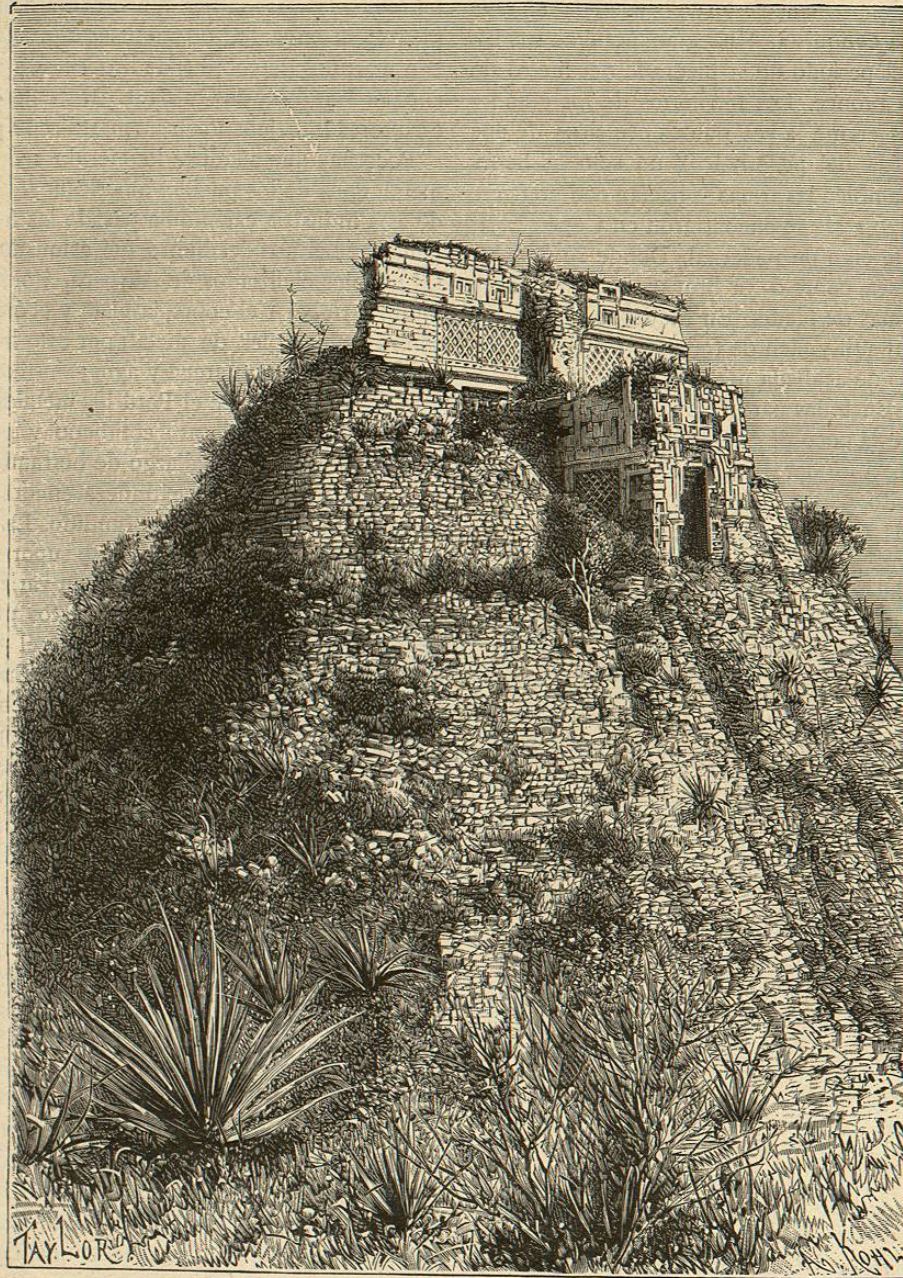
Se hicieron primorosas obras de oro y plata fundidos. Los plateros de Sevilla, al ver los objetos enviados por Cortés á Carlos V, declararon que no habrían podido hacer cosas semejantes. Squier dice que vió grupos de figuras



humanas, animales y árboles de tal perfección, que en un principio no los creía legítimos. «Yo poseo, añade, un grupo de tres figuras: un hombre y dos mujeres en un bosque. Elévanse sobre una base redonda de seis pulgadas de diámetro y pesan 48 onzas y media: las figuras son macizas, todas de una sola pieza y al tocarlas resuenan como una campanilla. Los árboles, que parecen algarrobos, están muy

bien trabajados. Las figuras humanas son de buenas proporciones y llenas de vida.»

El museo de Brunswick posee estatuillas de plata, que proceden de las tumbas de Cuzco; entre otras, un enano jorobado con una trenza, de facciones risueñas y actitud cómica. La ejecución es muy esmerada. Luego hay un platero mejicano sentado delante del fuego y trabajando. Se conocen



La casa llamada del Enano, en Uxmal. (Según de Charnay.)

trabajos mejicanos de filigrana, que prueban la perfección de los útiles del arte del platero. El coronel La Rosa descubrió hace algunos años, en el palacio de Chimú, un nicho de medio metro cuadrado, lleno de copas y vasos de plata abollada y sumamente delgada, y La Rosa los fundió con excepción de unos pocos: estas vasijas, que medían 25 centímetros de alto, tenían la conocida forma de mascarón de los vasos rostrales peruanos. Una gran cantidad de plata se empleaba para adornar los vestidos.

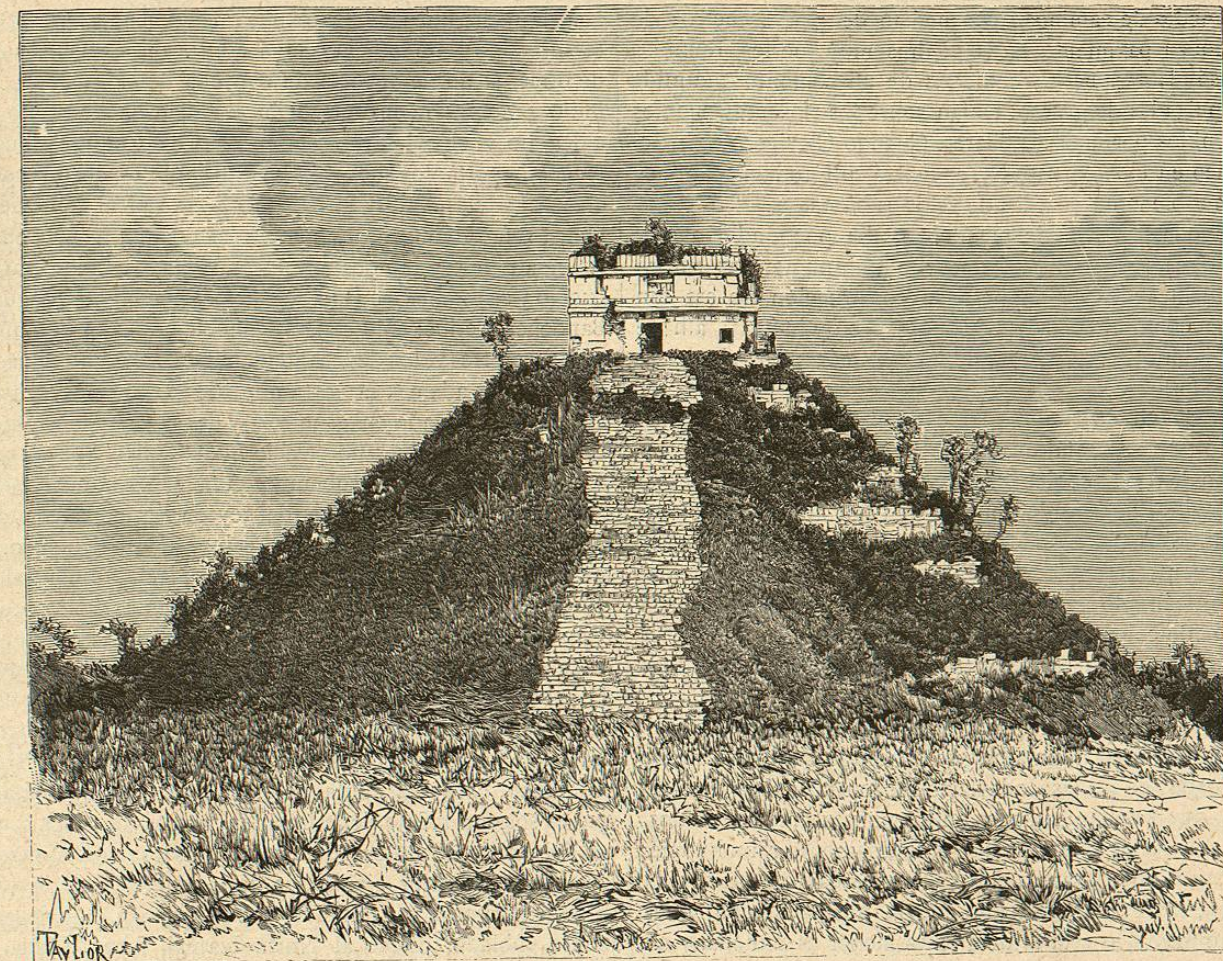
El oro se sacaba de las arenas auríferas, pero había minas de plata, cobre, estaño y plomo. En Méjico se consideran las de plata de Pachuca y Tasco como las más antiguas; pero las pesquisas hechas no permiten aún deducir

cuál fuese el procedimiento y la extensión de una explotación minera azteca y zapoteca. La opinión de algunos modernos de que los antiguos mejicanos conocían el arte de amalgamar los metales, se basa principalmente en el dato de que un español empleó por primera vez este procedimiento en Méjico en el año 1557. Se han descubierto numerosos filones de plata después de la conquista en el Potosí, á pesar de que precisamente en el Perú es probable que las explotaciones mineras de la plata estuviesen en mayor desarrollo que en otras partes de la América del Sud. Dícese que las antiguas cuevas de Huancavelica tenían tanta extensión que era muy fácil perderse en sus galerías.

De la analogía entre las condiciones actuales de los paí-

ses medio civilizados, por ejemplo del Tibet y del Japón antiguo, se desprende que el comercio pacífico no pasaba de las fronteras políticas. La mejor prueba de la antigua cultura existente antes de la época de la conquista, es que había hasta 50 lenguas originales indias en la superficie de la actual república de Méjico. Aunque algunas de ellas sean dialectos derivados de un tronco común, y aunque parezca probable que después de un examen detenido quedara reducida á menos número esta multitud de idiomas, sin embargo el hecho prueba que no se conocía el comer-

cio tal como hoy se entiende y practica. En el Perú se hablan también muchas lenguas, pero cada una de ellas en países de mayor extensión. La circunstancia de que numerosas poblaciones de los miztecas tengan nombres aztecas ó de que haya tantas palabras quechuas en la lengua de muchas tribus jíbaras ó salvajes, pudiendo entenderse los indios quechuas de los bosques con los citados jíbaros, indica la probabilidad de que se establecieran colonias, más bien que la de que mediara un tráfico pacífico. El sistema de tribu parece á primera vista dificultar el tráfico; pues



El castillo llamado de Cchitche Itza. (Según de Charnay.)

que por las condiciones actuales de las aldeas indias en el Sud de Méjico, el espíritu de corporación enlaza al individuo con la comunidad. No le pertenece siquiera un palmo de terreno, todo es del común; el individuo no es propietario, explota el terreno que cultiva. Verdad es que según sus fuerzas y su actividad puede cultivar un terreno más ó menos extenso, y por consiguiente sacar más ó menos provecho; pero si abandona la aldea, pierde su derecho sin indemnización alguna. De esta manera cada cual está esclavizado, lo mismo el pobre que el rico. No se sabe hasta qué punto podría subsistir esta costumbre en medio de los rápidos cambios políticos, que con frecuencia producían estragos y emigraciones forzadas de poblaciones enteras.

Las bruscas mudanzas en las condiciones del terreno y del clima son causa de que los productos de un país como Méjico ó el Perú sean tan diferentes á poca distancia que en ninguna parte puede haber circunstancias tan favorables al comercio. Sin embargo, no era siempre lo mismo como hoy día, que se dice que la diferencia entre la Tierra Caliente y la Tierra Fría, entre los terrenos elevados y los

terrenos bajos, entre el bosque y el páramo no separa, sino al contrario, reúne por la necesidad del tráfico.

La diferencia entre las condiciones de los productos motiva la división del trabajo y favorece el comercio. Algunos hallazgos prueban que se hacían objetos muy preciosos de bronce ó de plata en grandes cantidades, es decir para el comercio. Juarros refiere que el rey mejicano Ahuizol envió á Guatemala un ejército, y que los soldados penetraron allí disfrazados de mercaderes y fundaron las colonias que hablan azteca hasta San Salvador.

Los caminos construídos por los pueblos americanos montañoses son obras que demuestran claramente el desarrollo de su civilización. Merced á aquellos caminos, los toltecas en Méjico y los Incas en el Perú pudieron conservar largos siglos su poder y dominar con seguridad. El Perú, desde este punto de vista, era el primero: hoy día el antiguo camino inca atraviesa todavía los páramos amarillentos como una cinta gris. Cuatro caminos principales partían del Cuzco y llegaban á los Andes, á Chile, á Arequipa y á Quito. Calcúlase que el camino Cuzco-Quito, que corre en doble línea por el llano y por el monte, tiene una